

Iron Man

Aníbal del Rosario

2907 palabras

—¿Por qué no vamos a casa de abuela? —preguntó Manu, observando a través del cristal de la ventanilla las farolas que permanecían aún encendidas a pesar de la claridad del día.

—Ya te lo dije, cariño. Porque van a ir todos tus tíos y tus primos y somos un montón. Y la casa de abuela es muy chiquita. Donde vamos es más grande y allí podrás divertirte de lo lindo con los primos —dijo mamá, después de soltar una bocanada de humo a través de la rendija abierta de su ventanilla.

—¡Pero a mí me gusta la casa de abuela!

—Lo sé, mi niño, pero es que abuela está ya viejita y si vamos a su casa va a pasarse el día entero de un lado para otro, pendiente de que todos comamos hasta hartarnos y de que no nos falte de nada y terminará agotada.

—¡Pero a mí me gusta la sopa de pollo de abuela!

—¿Y a quién no? —preguntó papá.

Mamá guardó silencio unos segundo, dio una calada a su cigarrillo, exhaló por la rendija sobre el cristal y luego se volvió de nuevo hacia Manu.

—Habrá sopa de pollo de la abuela, no te preocupes. Por mucho que le dijimos lleva dos días cocinando.

—Tendrían que dejar en paz a la pobre mujer —dijo papá—. Si le gusta cocinar que cocine. Además, así se entretiene.

Mamá abrió los labios pintados de carmín, pero los volvió a cerrar y volteó todo el cuerpo para mirar el paisaje a través de la ventanilla, con la barbilla apoyada sobre el brazo. Había comenzado a chispear.

—Pues yo prefiero ir a casa de abuela. Allí es todo mucho más diver —insistió Manu, con la esperanza de que, por una vez, le hicieran caso y papá girara el volante para cambiar de dirección. No sucedió.

—¿A quién se le ocurrió lo de ese sitio? —preguntó papá.

—Eso, ¿a quién se le ocurrió? —repetió Manu, que quería saber el nombre de la persona a la que debía odiar con todas sus ganas.

Mamá tardó un buen rato en responder. Tanto que Manu pensó que no lo haría.

—A Jose —dijo al fin, en un susurro humeante.

—¡Ja! A Jose —rió papá. Últimamente, sobre todo después de lo que ocurrió, el nombre del tío Jose le hacía muchísima gracia a papá. Manu fue a repetirlo, carcajada incluida, pero aquella presión en el estómago que poco a poco había olvidado regresó de repente, cerrándole con fuerza la boca.

Mamá había empezado a llorar en silencio y se apresuró a secarse las lágrimas con los dedos antes de que le arruinaran el maquillaje. Miró hacia Manu y le sonrió. Solía llorar de felicidad a menudo, sobre todo últimamente, aunque Manu, siempre que lloraba, no lo había hecho jamás por estar contento.

Pero, como decía mamá, no debía preocuparse por esas cosas, que eran cosas de mayores. Así que Manu volvió a mirar por la ventanilla donde las gotas de agua se juntaban unas con otras y formaban largas líneas horizontales. Hubiese sido muy divertido jugar en el jardín de abuela, el patio y la huerta llenos de charcos, todo embarrado, pero no podía odiar a tío Jose por todos los regalos que le había hecho. Manu se quedó dormido con la cabeza apoyada en el cristal, luego sintió una cálida mano que le acariciaba el hombro.

—Despierta, mi angelito, que ya hemos llegado —dijo la voz de mamá.

Al abrir los ojos pensó que seguía soñando: ante él se alzaba un gran castillo de muros de piedra gris con torres y almenas en lo alto por las que podían disparar los arqueros para defenderse de un ataque enemigo.

—Te dije que te iba a gustar, chiquitín —dijo mamá, cogiéndolo de la mano y guiándolo hacia la enorme puerta rematada por un arco ojival.

—Parece un puticlub —dijo papá, que caminaba detrás de ellos a cierta distancia.

—Por Dios, Paco —susurró mamá.

—¿Qué es un puticlub? —preguntó Manu, pensando que sería alguna clase especial de fortaleza.

—Cosas de mayores, mi niño. No hagas caso a tu padre.

Manu odiaba aquella explicación: cosas de mayores. Le parecía tan injusto que, tras aquella frontera infranqueable, los adultos ocultaran toda clase de cosas que parecían ser tan divertidas. Entró en el castillo de la mano de mamá. Papá avanzaba a unos pasos por detrás y, antes de entrar, arrancó un sonido hueco de una de las enormes piedras de la fortaleza al golpearla con los nudillos.

—¡Ja! Menudo máquina el tío Jose.

La visión que se encontró Manu al otro lado de las puertas fue decepcionante: tensadas desde postes metálicos medio oxidados dispuestos en cuadrícula se desplegaban varios paños de lona amarillenta a modo de carpas, muy parecidas a las que servían para que pudieran hacer gimnasia los días de lluvia en el polideportivo del cole. Bajo aquel tapiz que olía a plástico recalentado y rancio estaban dispuestas hileras de mesas cubiertas por manteles de papel flanqueadas por sillas plásticas. No había ni rastro de caballeros con brillantes armaduras, ni tan siquiera nobles y elegantes damas. Estaban, en cambio, tía Manoli, tía Carmi, tía Hermi, tía Rosi, tía Juli y tía Mari que, en cuanto los vieron, se acercaron a saludarlos. Tía Silvia se quedó atrás porque no debió verlos, pues no hacía más que mirar en la dirección contraria. Manu terminó con ambas mejillas pringosas de los besos de sus tías, y habría sucumbido a la necesidad de limpiarse las babas y los pintalabios con la manga del suéter de no haber recordado que, según mamá, aquello era una falta de respeto. ¡Una falta de respeto! En cambio mamá no tenía que sufrir la misma intensidad de efusión con las muestras de afecto de sus hermanas, que se reducían a fugaces abrazos y golpecitos en la espalda. Mientras sus tías hablaban con mamá y papá se acercaba al rincón neblinoso y apestoso de humo de puro donde se parapetaban tío Nico, tío Fran, tío Evan, tío Manolo, tío Rafa y tío Iván, Manu vislumbró por el rabillo del ojo unas gráciles y borrosas

figuras que nadaban velozmente entre las mesas, las sillas y los adultos. Al fijarse mejor pudo reconocer a Zeben, a Gara, a Dácil, a Dani, a Yeray, a Ray, a Ida, a Nai, a Davi, a Yuri, a Tana y a Lota que jugaban a perseguirse entre ellos ante las envidiosas miradas de los adultos que rabiaban por no poder sumarse, siguiendo quien sabe qué oscuros códigos de la adultez, a aquellos irresistibles divertimentos que consistían en esquivar en el último segundo una mesa llena de bebidas, una silla con pilas de bolsos y abrigos o un adulto de pie. Manu incumplió por olvido otra de las reglas de cortesía al soltarse de la mano fría y sudorosa de mamá y acercarse, ávido de diversión, al caótico y esquivo cardumen de primos que estaban tan inmersos en sus juegos que ni se habían percatado de su llegada. Excepto Lota, que se detuvo tan abruptamente que Yeray, que corría detrás de ella, chocó aparatosamente contra su espalda.

—Ay. ¡Serás bobo! —gritó Lota.

—Boba tú, que casi me dejo los dientes en tu culo.

—Pues vas a ver como te saco los que te quedan de un trompazo —dijo Lota, arremangándose el brazo derecho.

Yeray huyó a la carrera y Lota volvió a mirar a Manu sin moverse de donde estaba. Manu le sonrió y agitó la mano a modo de saludo, pero se sintió inmediatamente ridículo. Bajó la mano de golpe dándose cuenta de que, después de lo ocurrido, Lota se limitaría a ignorarlo. Tuvo que esforzarse muchísimo por no echarse a llorar. Lota dio un paso, y luego otro, y al final acabó plantándose con los brazos cruzados frente a él.

—Hola —dijo, en tono seco.

—Hola... —repuso Manu, dándolo todo por perdido después de aquel decepcionante saludo.

Pero se produjo un cambio en el rostro de Lota: sus rasgos, tras debatirse unos segundos, acabaron siendo iluminados por su sonrisa de siempre.

—¿Qué pasa, Manu Chao? ¡Cuanto tiempo! ¿Cómo te va con el Bongo Bong? —y le dio un fuerte golpe con la mano en el hombro. El impacto casi lo hizo caer de espaldas—. Sigues siendo tan raquítico como siempre.

—Y tú... ¡tú eres una gigantona! —repuso Manu, cuando recuperó el aliento. Lota se echó a reír, doblándose por la cintura.

—Ay, Manu Chao, qué cosas dices.

—¡No me llames así! Soy solo Manu.

—Lo que tú digas, Soysolomanu.

—¡Jooo! —protestó Manu, con una alegría tan profunda que apenas podía mantener su fachada de enfado.

—¡Mira, Soysolomanu, por ahí entran mi padre y abuela! ¡Vamos a rendirles pleitesía!

Lota echó a correr hacia la entrada. Manu, pletórico, la siguió y sintió como el peso de su estómago se aliviaba.

—Ay, ¡mis niños queridos! —gritó abuela nada más verlos, aunque era difícil verla a ella, oculta como estaba detrás de una gran olla de aluminio.

Dejó la enorme cacerola en una de las mesas y abrazó a sus nietos, primero a Lota, luego a Manu, y después a todos los demás que llegaron corriendo en

tropel.

—¿Es tu sopa de pollo, abuela? —preguntó Manu.

—Claro que sí, mi niño. Nunca te haría la ruindad de dejarte sin probarla sabiendo todo lo que te gusta, y menos en mi día.

—Eso y los mil quinientos platos que cocinó usted de más —dijo tío Jose, mientras dejaba una caja de cartón repleta de calderos y fiambreras al lado de la gran olla—. Menos mal que se nos ocurrió encargarnos un catering, que si no nos quedamos todos con hambre.

—¿Y qué problema hay, mi niño? Si sobra pues que sobre. Así se la llevan ustedes a casa, que con lo liados que están con los trabajos ni tiempo tienen de cocinar. Y así me tienen estos angelitos, todos flaquito, todos en los huesos, como después de la guerra.

—Ay, doña Concha, por favor —dijo tío Jose, —no empiece usted otra vez con las batallitas de la guerra, que se me quita el apetito.

Abuela chascó la lengua para luego ignorar a tío Jose y ponerse a comprobar que habían sobrevivido al viaje todas las vituallas.

—Vamos, Soysolomanu —dijo Lota, dándole un golpecito en el hombro a Manu. Él y el resto del batallón de primos salieron corriendo detrás de la que era *de facto* su Gran Capitana, que marchó, sonriente, delante de la tropa.

Manu corrió, saltó, se agachó, cayó de bruces, reptó por el suelo, bajo las mesas, se raspó las rodillas, rio, gritó hasta quedarse ronco y casi olvidó por completo el peso en el estómago. Tuvieron que pescarlos a todos para sentarlos en una mesa separada —la mesa de los niños— a comer. La sopa de pollo estaba deliciosa, pero Manu apenas tuvo tiempo de degustarla porque Lota se puso enseguida en pie y empezó a movilizar a sus soldados. Continuaron jugando mientras la luz decaía y los adultos, en un absurdo y ridículo ritual de su liturgia, se ponían a bailar entre ellos al son de canciones viejas. Por fortuna papá y mamá conservaron la dignidad de quedarse cada uno en su rincón, con sus copas en la mano y caras muy serias, al igual que la tía Silvia, que parecía que todavía no los había visto llegar a pesar de que llevaban allí horas. El tío Jose, en cambio, había sacado a bailar a abuela.

—Por aquí, Soysolomanu —dijo Lota tirando de Manu, mientras Gara terminaba de contar con la cara pegada a uno de los pilares metálicos. Se escondieron a los pies de un camarero que custodiaba una mesa repleta de bebidas y que les dirigió la típica mirada envidiosa de adulto, a la vez que hacía grandes esfuerzos por ignorar su presencia.

—Aquí nos encontrará enseguida.

—Calla y confía en mí. Si te tumbas en el suelo no te verá.

Poco convencido, Manu se estiró boca abajo sobre las sucias e irregulares baldosas y al momento sintió una presión en las caderas: Lota acababa de sentársele encima, como si de un puf se tratara, para espiar, por entre los pliegues del mantel de papel, el centro de la sala.

—Ay, ¡que pesas!

—Cierra el pico, Soysolomanu, que nos va a pillar por tu culpa.

Por fortuna, por desgracia, Gara era increíblemente torpe jugando al

escondite, así que pronto se aburrieron.

—Ya me he pasado el *Crash Bandicoot 3* —dijo Lota, después de soltar un largo bostezo.

—Yo aún estoy con el *Spyro*.

—Mira que eres lento, Soysolomanu.

—Pues el *Oddworld* me lo pasé antes que tú.

Lota enrojeció hasta las orejas y se quedó completamente rígida. Manu comprendió que había metido la pata y sintió de nuevo la presión en el estómago. Quiso no recordar, pero fue demasiado tarde.

Lota, tía Silvia y tío Jose solían ir muy a menudo a casa a cenar con papá, mamá y Manu, que adoraba esas veladas porque, mientras los adultos hablaban de sus cosas en el comedor, él y Lota se lo pasaban en grande tirados en la alfombra del salón jugando a videojuegos. Manu no tenía tantos como Lota, a pesar de que ella le había prestado algunos. Jugaban hasta las tantas, cuando las risas provenientes del comedor eran cada vez más frecuentes, altas y agudas y Manu, agotado, se acababa quedando dormido y ya no lo despertaban ni los pescozones de Lota.

Una tarde, cuando papá aún no había vuelto de trabajar, llegó a casa tío Jose con una copia de *Rayman*. Aquella misteriosa recompensa entusiasmó tanto a Manu que olvidó preguntar dónde estaban tía Silvia y Lota. A pesar de que era entre semana, mamá lo dejó probar su nuevo videojuego en el salón, con la tele a todo volumen —a un nivel al que nunca le habían permitido ponerla—, mientras ella resolvía algunas cosas con tío Jose. Manu, encantado como estaba de poder jugar a aquel juego y, tal vez, pasárselo antes que Lota para restregárselo por las narices, no le dio importancia a que mamá cerrara la puerta de su habitación. Un rato después tío Jose y mamá aparecieron en el salón muy sonrientes. Tío Jose incluso le revolvió el pelo y le preguntó si le había gustado el videojuego. Pero mamá le recordó la hora y tío Jose se marchó rápidamente. Una vez solos, mamá se agachó junto a Manu.

—Mi niño, verás: no es por nada, pero ya sabes que a tu padre y tío Jose han tenido algunos rifirrafes últimamente, así que, para no enfadarlo, será mejor que no le digas que estuvo aquí.

—Vale —dijo Manu, que trataba de pasarse por quinta vez aquel nivel y aporreaba el mando con la lengua fuera.

—Además, creo que tío Jose podría conseguirte esos cómics que querías. Manu apretó el botón de *pause* y se giró para mirar a mamá.

—¿Los de Iron Man?

—Me dijo que lo que fuera para su «sobrinito favorito».

Tío Jose volvió a casa por las tardes muchas más veces. Cada una de ellas le traía a Manu o bien un videojuego o bien un cómic, que contribuyeron a que su colección desbordara la estantería de su habitación.

—¿De dónde saca tantos cómics el niño? —oyó Manu que le preguntaba papá a mamá en la cocina un día.

Mamá tardó un poco en responder.

—Mi madre, que le subieron la pensión y quiere que a «su nietito favorito»

no le falte de nada.

—Pues me alegro, porque mira que daba la tabarra con ese Metalman o como se llame. Con la que tenemos encima, como para estar gastando perras en boberías.

Manu estuvo tentado de correr a la cocina para corregir el error de mamá, pero algo lo hizo detenerse en el pasillo y volver al dormitorio para admirar su tesoro.

Aunque las cenas con Lota, tío Jose y tía Silvia se habían espaciado, se seguían produciendo cada pocos meses. Una noche Manu ya no pudo aguantarse más y llevó a Lota a su habitación para enseñarle la estantería.

—¿De dónde has sacado todo eso, Manu Chao? Mi padre dice que tus padres son pobres.

Manu enrojeció.

—Eso no es todo, mira. —Manu abrió el cajón de su armario donde guardaba todos los videojuegos que le había traído tío Jose—. Es un secreto. —Manu había decidido interpretar libremente la directriz establecida por mamá, que no incluía en ningún punto a Lota—. Pero te lo digo si me prometes que no se lo cuentas a nadie.

Lota carraspeó sonoramente y se escupió en la palma de la mano para luego tenderse a Manu. Él soltó un lapo en la suya, se la estrechó y le contó toda la historia.

Cuando sintió el golpe en la mejilla no logró entender lo que había ocurrido hasta que vio la cara enrojecida de Lota frente a la suya, aquellos terribles ojos brillantes y la mano alzada.

—Eres un puto mentiroso.

Manu, que había empezado a llorar mientras el escozor y la temperatura de su moflete aumentaba, negó con la cabeza.

—Es verdad...

—¡Mentiroso!

Lota salió corriendo de la habitación y Manu intentó agarrarla pero fue muy lento: ella ya estaba en el pasillo gritando «papá» como una loca. Manu no se atrevió a salir de su cuarto y, cuando los sobrecogedores gritos le llegaron desde el salón, se metió debajo de la cama y se tapó los oídos. Un peso comenzó a formarse en su estómago.